

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5**EL OMNIBUS,**

UN AÑO.

Madrid. 50
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Dos idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número próximo la continuacion de todas estas obras.

EL DOCTOR TRIFONE.**Conclusion.**

Sacando entonces su pipa de tierra encarnada, Trifone la llenó cuidadosamente y se acostó sobre un diván que habia pertenecido á María Teresa de Austria.

La profesion de fé del doctor, valia bien una súplica donde habia aprendido á creer en el libro de la vida.

Miss Lucy Stanley dormia apoyada en las rodillas de su madre, cuando el intendente de la jóven viuda, entró en el salon.

Con una seña le advirtió lady Jane, que habia bajado para no despertar á la niña.

—¿Tiene algo que mandarme, milady? dijo entregando una carta á su señora.

—Si, el doctor Trifone no puede tardar en venir; le introducireis en este salon y cuidareis de que nadie nos interrumpa.

El intendente se inclinó y salió.

Lady Jane no necesitó mas que mirar el sobre para saber de quien era la carta que abria.

Sir William Webster anunciaba á lady Stanley que marchaba á Malta en donde se hallaba el regimiento núm. 39, en el que habia obtenido el grado de teniente.

Lady Jane releyó muchas veces este billete y su dulce semblante se alteró gradualmente hasta que dos lagrimas silenciosas rodaron por el papel.

—Pobre William, dijo con un suspiro de sentimiento, y su amor ha sido mas fuerte que su sacrificio y su resignacion. ¡Ah! que parta, será mejor para ambos, porque yo no puedo decirle nada... nada.

Y lady Jane dejó caer con desaliento su bonita cabeza rubia sobre el pecho.

En aquel momento se escapó un gemido de los labios de la niña, cuyo sueño se hacia inquieto y oprimido; un estremecimiento nervioso

21 DE ABRIL DE 1856.

hizo asustar á la jóven; apoyó su mano sobre el corazon de Lucy para contar las pulsaciones, y sus ojos dilatados por el terror se fijaron sobre ella con una espantosa tenacidad, su atencion era entonces tan completa que no oyó al criado anunciar al doctor.

Trifone despidió él mismo al lacayo y observó sin moverse de su sitio el cuadro que tenia ante sí.

—¡Ah! sois vos, doctor, dijo al fin lady Jane, saliendo de pronto del doloroso éxtasis en que estaba sumida.

—Si, milady, dijo Trifone inclinándose.

Lady Jane señaló al doctor un sillón, que él aproximó al sofá.

—Habeis visto á sir William, lo sé, dijo ella, —Si, contestó Trifone, que no creyó deber desmentir frente á frente esta afirmacion tan positiva.

—Entonces sabeis que enfermedad padezco.

—Sé que sufris de una afeccion del corazon. Signiése un instante de silencio despues de esta respuesta.

—Entonces, prosiguió lady Stanley devorando á Trifone con su mirada, tendreis una confianza ilimitada en la opinion del doctor Scamp.

—Su esperiencia y su criterio debian imponer la ley.

—Muy bien, dijo lady Stanley sonriendo tristemente, como vos he tenido fé en este gran médico: y ahora, doctor, escuchad una historia que puede servir para el porvenir.

Hace tres años, sir Lionel Stanley me condujo á casa de uno de sus tíos, que tiene un castillo en el Cumberland; este tio habia sido en su juventud de los más hábiles cirujanos de la marina real: relacionado desde hacia treinta años con el doctor Scamp, nuestro pariente habia decidido á su amigo á pasar quince días á su lado todos los años.

La casualidad quiso que llegásemos en ocasion que el doctor estaba en el castillo.

Una noche sir Lionel deseó dar un paseo conmigo por la campiña, pero en el momento de partir esperimé tan violentas palpitaciones que hube de renunciar á este placer: sir Lionel partió solo.

Mi tio, á quien no habia querido incomodar, me creia ausente del castillo.

Mas tranquila des pues de una hora de reposo sali de mi cuarto en su busca.

El doctor y él hacian todas las noches su partido de ajedrez en un saloncito del piso bajo.

Atravesé vacilando y á oscuras, la sala del billar que daba á aquella pieza.

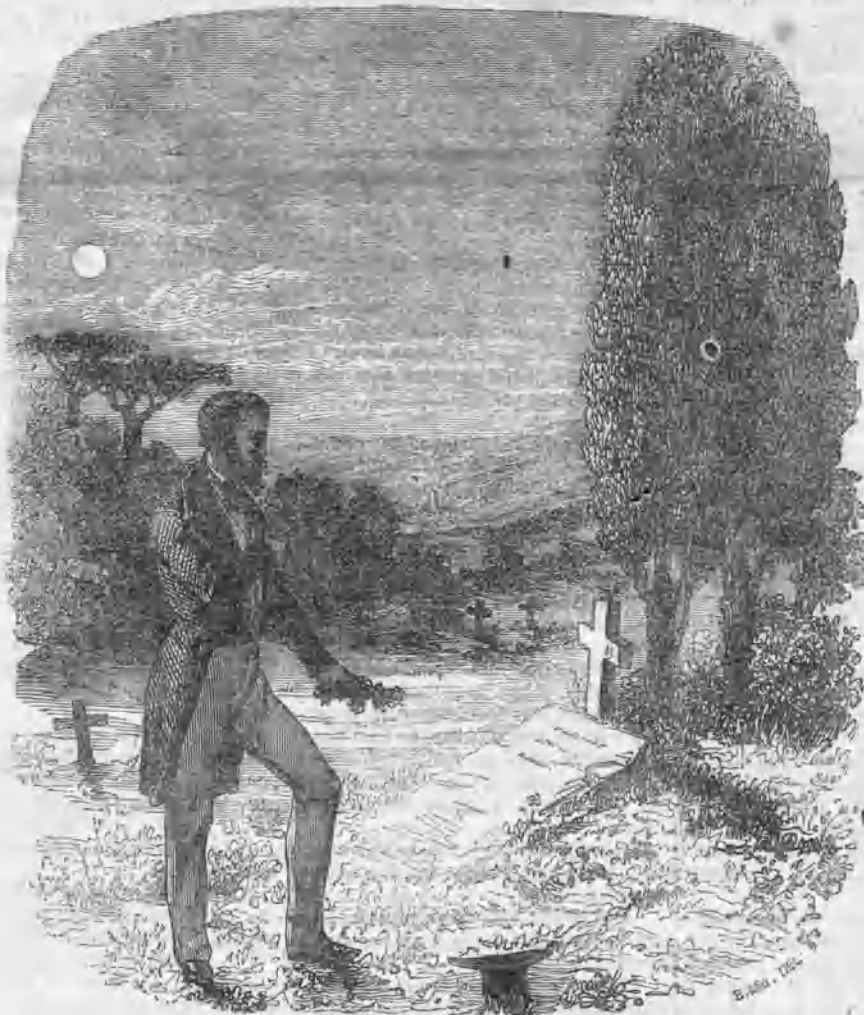
Una sencilla mantopara de seda me separaba de los dos amigos, que hablaban en voz baja, iba á entrar cuando pronunciaron el nombre de mi querida Lucy: un irresistible movimiento de curiosidad me detuvo.

He oido decir con frecuencia que se moria repentinamente por una emocion superior á las fuerzas humanas, y que el terror podia hacer blanquear los cabellos en algunos minutos.

Yo me pregunté á mi, cómo no me mori aquella noche de desesperacion.

Mi tio, acababa de detallar en términos técnicos, todos los síntomas que yo esperimé, e interrogaba á su amigo con una duda tan dolorosa que su voz temblaba: entonces el doctor Scamp le dijo estas palabras que quedaron grabadas en mi memoria con caracteres de fuego.

—Conocéis tan bien como yo, amigo mio, la situacion de lady Stanley y la poca esperanza que nos queda: la enfermedad ha tomado desde hace un año un carácter talmente grave que nuestra ciencia no puede hacer mas que aliviárla



El doctor Trifone echando flores en la tumba de lady Stanley.

—¿Habeis oido hablar alguna vez del doctor Scamp? repuso lady Stanley.

—Si, dijo Trifone, era uno de los más ilustres prácticos de Inglaterra, un sabio modelo y trabajador que ha dejado obras imperecederas.

sin curarla. Hoy día no es ya mas que cuestion de tiempo. Lo que vos ignorais, mi buen Guillermo, es que esta afeccion debia ser hereditaria; la pequeña Lucy está ya herida; no mortalmente como su madre, pero es tan endeble, tan débil, que el tratamiento seria tan peligroso como la enfermedad misma.

Frecuentemente no encontramos el medicamento conveniente á tal ó cual naturaleza sino despues de numerosos ensayos: así que, os lo repito, mi buen Guillermo, la pequeña Lucy está tan débil y nerviosa que yo vacilaria en emplear con ella las sustancias mas activas en semejante caso. Seria preciso llegar, por decirlo así, del primer golpe á encontrar un remedio victorioso, experimentándole largo tiempo sobre una naturaleza exactamente semejante. ¡Ah! si se pudiese obtener ese resultado no dudo que la niña se salvaria.

Deciros lo que pasó por mí cuando oí esta revelacion, no encontraría palabras ni frases para expresar: arrastrándome sobre mis rodillas, agarrándome á los muebles y devorando mis sollozos, conseguí llegar á mi habitacion en donde caí desmayada.

Cuando volví en mí, mi marido y mi tio estaban á mi lado. Yo me esforcé por sonreír para distraer sus sospechas: ignoraron siempre lo que habia pasado en aquella lúgubre noche.

A la mañana siguiente partimos para Londres, y ocho dias despues mi marido murió á consecuencia de una caída de caballo.

—¡Pobre mujer, pobre lady Stanley! murmuró Trifone con verdadera emocion.

—La muerte habia llamado á las puertas de nuestra casa: mi querida hija acababa de perder su único apoyo, su único afecto en el mundo, porque yo no era nada, porque mi existencia efimera podia romperse en algunas horas, esto no era mas que cuestion de tiempo.

Pero yo era libre y rica, un repentin pensamiento vino á reanimar mis fuerzas y mi valor. El doctor habia dicho que para salvar á mi hija, era preciso estudiar sobre otro los medicamentos que despues debian emplearse en ella; ¿quién mejor que yo, su madre, podia llenar este santo deber?

—De modo, dijo Trifone mirando á lady Jane con bondad, que es para salvar á vuestra hija, por lo que correis por toda Europa consultando á todos los médicos mas célebres?

—Sí, dijo ella con una energia particular, por mi hija, nada mas que por mi hija, á quien quiero salvar.

—Y el mundo ignora el secreto de vuestra existencia?

—El mundo me considera como una escéntrica ó como una egoísta á quien el miedo de la muerte ha vuelto locamente pródiga.

—Sir William mismo, ¿no sabe la verdad?

—Las mejillas de la jóven se colorearon ligeramente con esta pregunta.

—Sir William debe ignorarlo siempre, dijo ella bajando los ojos.

Trifone se levantó, y pasando sobre lady Jane una mirada afectuosa y enternecida.

—Me habeis hablado como á un amigo, milady, procuraré merecer el honor que me dispensais, pero antes de intentar nada, permitidme imponer mis condiciones.

—Hablad, caballero, por crecidos que sean los honorarios que exijais...

—No me comprendéis, milady, interrumpió Trifone con dignidad, las condiciones de que quiero hablaros no son de esta naturaleza. Lo que yo quiero es vuestra confianza absoluta y el reflejo de todas las sensaciones de vuestra alma. Lo que quiero es vuestra amistad y vuestro aprecio.

Conozco que debo pareceros de una inconveniencia para al hablaros de este modo, y que es muy difícil, llamándose lady Stanley, romper con todas las preocupaciones del nacimiento y de la fortuna, para tender la mano á un hombre que se da un espectáculo en la plaza pública. Qué queréis, milady, cada uno tiene su orgullo y su vanidad: así que, como yo desco salvaros á vos y á vuestra hija, adopto el sistema que me parece mejor para llegar al punto á que debo y quiero arribar.

No sé por cuanto tiempo os impondré este estúpido convenio; pero puedo juraros que todo

lo que una criatura humana es capaz de hacer en abnegacion é inteligencia, lo haré por vos, milady.

—Acepto, doctor, y si lo consigo con mi hija yo no seré ingrata con vos.

—¿Qué bonita niña! murmuró dulcemente el doctor inclinándose sobre Lucy que aun dormia.

Lady Jane se llevó el pañuelo á la boca para ahogar un sollozo.

—Vamos, vamos, valor, milady, repuso Trifone con bondad arrodillándose en la alfombra para apoyar su oído sobre el corazon de Lucy.

—¿Y bien, doctor? preguntó lady Jane despues de un prolongado silencio.

Trifone se levantó y reflexionó un minuto, un siglo para la infortunada madre.

—No encuentro nada grave, dijo con voz tranquila; pero tengo necesidad de observar con mas cuidado: esperaré á que despierte.

—¡Lucy! ¡ángel mio! murmuró lady Stanley besando la frente de la niña, despierta.

—No, no, dijo el doctor en tono de dulce reproche, tengo tiempo para esperar.

Pero la recomendacion era inútil, porque Lucy abria los ojos y sonreía á su madre.

—Ah mamá, el doctor Punch, dijo señalando al doctor.

—Perdon, dijo Trifone riendo, el doctor Pruchinela: estamos en Italia, hija mia.

Lucy se dejó escurrir al suelo y fué á ponerse frente á él, mirándole con una sonrisa burlona.

—Vamos, dijo ella, diviérteme como ayer en la plaza Real.

—Voy allá, repuso Trifone, sentándola sobre sus rodillas y haciéndole tres ó cuatro gestos con voz de ventríloco.

Miss Lucy se echó á reír á carcajadas.

—Ahora, prosiguió Trifone, poniéndola en tierra, juguemos.

—Sí, repuso la niña, juguemos.

Trifone cogió una naranja de un canastillo y la echó á rodar por la alfombra.

Miss Lucy corrió tras de aquella pelota improvisada y sosteniendo este juego por espacio de algunos minutos, no tardó en venir á apoyarse sobre las rodillas de Trifone jadeando de fatiga.

—Desabrochad su vestido, milady, dijo Trifone, así juzgaré yo mejor de la intensidad de las pulsaciones.

Lady Stanley descubrió el pecho estrecho y angustoso de la niña.

Trifone escuchó de nuevo los latidos del corazon; sacó en seguida una planchita de marfil de su bolsillo, para observar todo el lado izquierdo de la jóven enferma. Esta vez el doctor se adelantó á la pregunta que iba á dirigirle lady Stanley.

—Yo salvaré á esta niña, dijo con tal acento de conviccion, que un relámpago de dicha y alegría pasó por los ojos de la jóven madre. Yo la salvaré si me dejais dueño absoluto de su existencia.

—Sí, si, exclamó lady Jane, haced todo lo que el cielo... pero corrigiéndose en seguida; todo lo que vuestro genio os inspire.

—¿Por qué corregiros? Mejor deciais antes, milady, dijo él con sencillez. Ahora que he visto todo lo que deseaba ver, olvidad á Trifone el empírico, el charlatan de la plaza Real, y haced preparar una habitacion para vuestro médico, para vuestro amigo el doctor Karl Meizer.

—Gracias, dijo lady Stanley alargándole la mano. Y despues de una corta pausa: ¿No es verdad que me direis cuánto tiempo puedo aun ser dichosa?

—Sí, dijo Trifone tomando su sombrero, os lo diré, cuando sir William me diga cuanto tiempo os amará.

Seis meses habian pasado desde el día en que lady Stanley habia hecho al doctor aquella terrible confidencia.

Seis meses durante los que Trifone no habia aparecido una vez sobre los caballetes de la plaza Real.

Vestido de negro y con corbata blanca, como un intendente de buena casa, el doctor se habia consagrado enteramente á su pequeña enferma, de quien no se separaba por decirlo así; porque lady Jane habia puesto á su disposicion una de las mejores habitaciones de la casa.

Trifone habia tenido razon en exigir á la jó-

ven madre una completa libertad de accion, pues el método que habia elegido era á propósito para espantar á los mas valientes.

El doctor cuidaba á la niña por el método del célebre Valsalva, de la escuela de Bolonia, que consiste en debilitar progresivamente al enfermo, por medio de la sangría, la dieta y el completo reposo, para volverle poco á poco al estado normal haciéndole volver á subir la misma escala que ha bajado.

Pocos tienen valor para seguir semejante camino, y el sistema creado por Valsalva ha quedado como una esperiencia curiosa.

Este era, sin embargo, el método que empleaba Trifone con una paciencia increíble y maravillosos resultados. Lucy acababa de entrar en el período ascendente: el corazon habia recobrado su volumen ordinario, y su completo restablecimiento no era ya mas que cuestion de tiempo.

En cuanto á lady Stanley, Trifone no contaba casi mas que con los fenómenos esteriotes para salvarla. El consolaba y reanimaba el alma para llegar por este medio á la materia. Se comprendía fácilmente que sir William debia representar un papel muy importante en esta cuestion.

Se manejaba el doctor con tal habilidad y abnegacion que aquellas dos naturalezas tan nobles, tan altivas y tan puras en su amor, habian acabado por hacerle el confidente de sus dolores y de sus esperanzas.

El era quien con su brutal franqueza, los obligaba á confesar sentimientos de las que se ruborizaban ante un tercero, pero que hacian brillar la feha de sus semblanzas.

Una mañana, sir William, entró en la habitacion de Trifone.

—Amigo mio, mi querido Trifone, dijo arrojándose en sus brazos, lady Stanley acaba de confesarme al fin su secreto, la enfermedad de su niña era el único obstáculo para nuestra dicha.

El doctor miró al jóven con dulce compasion.

—Entonces consentid en aceptar vuestro nombre? dijo.

—Sí, repuso William radiante, dentro de ocho dias será mi esposa.

—Ya sabia yo que acabaria de este modo, dijo Trifone suspirando, y puesto que lady Stanley os lo ha dicho todo, escuchadme á vuestra vez, sir William. Lady Stanley se ha sacrificado por su hija: las esperiencias que hecho sobre sí misma han agravado su posicion: no existe por decirlo así, mas que por el alma; la felicidad puede conservársela durante largos años, un disgusto grave la mata en un segundo.

Y como el jóven le mirase admirado:

—Sí, sir William, el amor será su vida; procurad amarla siempre.

—¡Oh! dijo sir William estrechando su mano, vivirá, yo os lo aseguro.

Ocho dias despues de esta conversacion, lady Jane Webster asistia con su marido al estreno de la Sina en el baile de Escala.

A su vuelta del teatro, encontraron al doctor jugando gravemente al whist con miss Lucy que se dormia.

—¿Conociéis á la Sina, doctor? dijo alocadamente sir William ayudando á su esposa á quitarse el abrigo. Es la bailarina mas bonita de Italia.

—¡Ah! exclamó el doctor cuyo semblante se alteró profundamente.

—¿No la conociéis? preguntó á su vez lady Jane.

—No, contestó él bruscamente.

—Y bien, repuso sir William, si ese enferma procurad ser llamado, es un conocimiento precioso.

—¿De Veras? dijo Trifone saltando una carejada salvaje que hizo estremecer á lady Jane.

—Pero, ¿qué tenéis, amigo mio? repuso sir William viéndolo vacilar sobre sus pies.

—Nada, os lo aseguro... ¡Ueciais, me parece, que esa ninger es muy hermosa, sir William?

—Sí, repuso este comprendiendo que su admiracion habia sido demasiado expansiva para un recién casado, os he hablado de esta criatura como lo hubiera hecho de un caballo de raza ó de un célebre campeón, he aquí todo.

—Y bien, exclamó Trifone apretando los puños con rabia, si tengo algun derecho á vuestro agradecimiento, no me habeis jamás de tales

mujeres, no me digais que son hermosas... Yo no quiero saber que todavía las hay en el mundo.

—Amigo mío, dijo lady Jane acercándose.

—Dejadme, dejadme, gruñó sordamente Trifone dejándose caer en un sillón y ocultando la cara entre sus manos.

—¿Qué torpe soy! dijo el joven con sentimiento, he herido su corazón renovándole un doloroso recuerdo.

—Venid, William, dijo dulcemente lady Jane arrastrando a su marido, vuestra presencia no haría mas que desesperarle; yo volveré dentro de un instante y sabré repararlo todo.

—Sea, dijo él, mas le debemos despues de lo que ha hecho por nosotros; pero no por eso deja de ser un original este querido Trifone.

—Es un desgraciado que ha sufrido, dijo ella con bondad.

El doctor quedó solo.

Una hora despues, cuando lady Webster iba a entrar en el salon, oyó como gritos inarticulados y el ruido de una lucha.

El intendente apareció en el dintel con una luz en la mano.

—Dios mío, ¿qué sucede, Perkins? dijo ella deteniéndole por un brazo.

—No entréis, milady, no entréis! dijo el viejo servidor esforzándose por estorbarle el paso, —Pero quiero saber....

—Pues bien, el doctor ha pedido una botella de ron a Tom, se ha emborrachado, y como tiene mal vino, nos hemos visto obligados a atarle de pies y manos.

—¡Ah desgraciado! exclamó Webster con disgusto.

—Desatadle, dijo sir William con imperio, y contentaos con vigilarle; que rompa, que destrozé todo lo que quiera, pero que esté libre al momento. No quiero que el hombre a quien debo la felicidad sea tratado en mi casa como un miserable.

En la doble penacho de humo y de vapor coronaba las chimeneas de la *Esmeralda* en carga para Brighton, mientras que los marineros colocaban los últimos fardos de los viajeros retrasados; cuando sir William y Trifone bajaron a la cámara a la que se había retirado lady Jane con su hija.

—Aun tenemos una hora, dijo sir William a su muger, el doctor ha querido estrecharos la mano por última vez.

—Es un buen pensamiento, dijo la joven con transporte, y esto me hace confiar en la promesa que nos ha hecho de ir a visitarnos en Londres.

—Dentro de dos meses día por día, dijo Trifone sonriendo, me embarcaré en la *Esmeralda*.

—¿Qué tienes en el bolsillo? exclamó la niña en aquel momento sacando un objeto cuidadosamente envuelto que asomaba por el bolsillo del doctor.

—Esto, dijo Trifone apoyando sus labios sobre su rubia cabellera, es un doctor Trifone que he hecho equipar para mi pequeña Lucy, es un recuerdo de Nápoles, un polichinela necrómico, y al decir esto, el doctor sacó de su bolsillo un muñeco vestido exactamente como él lo estaba cuando aparecía en la plaza Real.

La peluca de crines, la pechera de encajes, el traje encarnado galoneado de oro y hasta los rollos de *bol de Palestina*, todo era de una maravillosa exactitud.

Hasta la misma cabeza, modelada en cera, afectaba una cierta semejanza grotesca con el doctor.

Era un juguete maravilloso, digno de una caja de Nuremberg.

—Ahora, continuó Trifone elevando el muñeco con la mano izquierda para tomar con la derecha los hilos que le daban movimiento; ahora Trifone va a contaros su historia; atención, grandes y pequeños:

Si la canción es triste, el estribillo no es mas alegre.

Pero antes pongamos a nuestro personaje esta toca negra. Y Trifone envolvió el muñeco en una funda de sarga negra adornada con un alzacuello blanco.

Esto os representa al doctor Karl Mezzer de Gotingue. Mirad que satisfecho está (el muñeco empezó a gesticular con brazos y piernas); acaba de partir el gran premio de la Universidad

con su hermano Reynold, Las Casas Viejas (estudios antiguos), y los *Filisteos* (estudiantes de primer año) los han llevado sobre un pavés de ramaje.

Hubo un silencio de algunos segundos.

Trifone tiró de uno de los hilos del muñeco que bajó la cabeza con desaliento.

«Hele ya menos alegre; Reynold lo ha abandonado por seguir a una bailarina de la ópera. ¡Reynold el hermano, el amado de su corazón! Varios Karl, levanta los brazos al cielo e introduce los puños en tus ojos. Es preciso llorar; ella te arrebató el honor y la existencia de ese pobre hermano: tus amigos te le devuelven una noche con los brazos colgando y la cabeza atravesada por una bala de pistola. Ha jugado, ha perdido y ha pagado con su sangre.

Trifone había soltado todos los hilos del muñeco, y este pendía de su mano triste y sin vida, emblema inanimado de los recuerdos del doctor. De repente volvió a coger las cuerdas, y el muñeco a saltar, mover los brazos, las piernas y la cabeza como un hombre que trabaja.

Al trabajo, al trabajo. Existe una anciana que espera su pan y sus vestidos de luto. Existen acreedores que esperan su dinero y alargan la mano para tomarle. Al trabajo, Karl, revuelve, intriga, sé el bufon y el estúpido lacayo de los demás, porque tienes necesidad de todos: salud, salud, pobre amigo mío.

Y el muñeco se inclinaba y se encorbaba como si fuera a quebrarse.

—Dios mío, que horrible historia, exclamó lady Jane estrechándose contra su marido.

—Je, je, repuso Trifone riendo convulsivamente, fuera la negra toca, el vestido manchado del pedante: Karl ha pagado las deudas a los acreedores, y la anciana ha ido a decirselo al hermano. Fuera la hipoteca legal, ahora sombrero con plumas, traje encarnado y bombo; viva Trifone, en letras de seis pies.

Y el muñeco volvía a aparecer deslumbrador con el traje que ya conocemos, y bailaba y saltaba haciendo las mas estrañas cabriolas, produciendo un sonido de madera seca.

La niña reía a carcajadas.

—¡Hé, hé, prosiguió Trifone haciendo coro, el ruido es un poco seco, es verdad, pero consiste en que Trifone no tiene ya corazón, en que ama el dinero, en que se hace avaro. Hola, muchachos, los ricos venid ahora a mí; ya no lloro, esto era muy triste en verdad; yo hago gestos, esto es encantador, y os enseño la lengua, lo que me vale dinero. Yo os desprecio, por eso me apreciáis; confiadme vuestra querida salud, yo os curo; roid y pagad, la gamella está entre dos luces, bailad, ducados y cequíes; saltad, pistolas y guineas. El mármol, el bronce y el pórfido cuestan caros en Gotingue; pido para la tumba de mis queridos muertos.

—A tierra las visitas, gritó en este momento una voz sobre el puente de la *Esmeralda*. William y Jane se acercaron al doctor y le estrecharon la mano sin decir una palabra; las lágrimas que rodaban por sus mejillas eran mas eloquentes que lo hubiesen sido sus palabras.

—¡Adios, tu, adios! exclamó la niña alargándole los brazos.

Trifone la abrazó sollozando.

—Dentro de dos meses, ¿no es cierto, amigo mío? dijo lady Jane.

—No olvidéis lo que nos habeis prometido, insistió sir William.

—Y vos tambien, acordaos, sir William, dijo Trifone señalando a lady Webster, y se lanzó por la escalera del muelle.

Dos meses despues, día por día, el doctor atravesaba rápidamente el Strand, por medio del cual dos ó tres pobres pelates paseaban el anuncio del teatro de Covent-Garden: representaban aquella noche *La Hija de Venecia*, y el nombre de la *Nina* estaba escrito con grandes caracteres encarnados en el cartel.

Trifone volvió la cabeza con disgusto y entró en la casa que acababa de señalarle un *polichinela*.

—Sir William Webster, dijo dirigiéndose a su antiguo conocido el intendente de lady Jane.

—Su honor está en el club, pero milady está en el salon; voy a anunciaros.

—No, dijo Trifone sonriendo; dejadme el placer de sorprenderla.

La pequeña Lucy jugaba en el comedor; al aprehender al doctor, se arrojó en sus brazos lanzando un grito de alegría.

—Ven, ven, dijo ella tirándole de la manga de su traje; mamá está en el cuarto del amigo.

Trifone siguió a la niña.

—Mira, mamá duerme, dijo ella señalando a lady Jane que estaba tendida sobre la alfombra sin movimiento.

Trifone lanzó un grito desgarrador, y se dejó caer de rodillas para levantar la cabeza de la desgraciada muger.

Sus ojos estremadamente abiertos estaban fijos y vidriosos, el cuerpo tieso y frio.

Trifone procuró abrir su mano derecha crispada sobre el corazón; los dedos de la difunta se abrieron al esfuerzo que él hizo, y un papel arrugado cayó a tierra.

Era una carta de la querida de sir William, la Nina, primera bailarina en el teatro de Covent-Garden.

Dos meses despues, el doctor Trifone colocaba sobre la tumba de lady Stanley una corona de siemprevivas, como tributo de su amistad.

EL TUNNEL.

El que escribe estas líneas acaba de llegar de Londres, y se propone hablar a los lectores del Omnibus, no de la torre de aquella ciudad, montón de edificios de todas épocas; no de los famosos docks, inmensos sitios de depósitos ó aduanas, donde van a descargar los buques de ambos mundos; tampoco de su célebre puente formado de cantería, y mucho menos de esa ciudad numerosa, de una ciudad diez veces mayor que Madrid. Solamente va a describir una cosa ingenuísima, muy portentosa, y que parece debe su existencia a un milagro, a saber: el Tunnel ó camino por debajo del Támesis.

¿Qué es tunnel? una obra hecha por el hombre, que excede en mucho a las siete maravillas del mundo de antigua memoria. Figúraos una bóveda subterránea de veinte y dos pies de altura, cincuenta y ocho de anchura y quinientos de largo, formada a gran profundidad de la tierra, y que pasa por bajo de el lecho de un río ancho y profundo: agregad a esto que la bóveda de semejante camino subterráneo, debe soportar no solamente todo el peso que gravita sobre ella, sino tambien el de las aguas del río, con muchísimos buques que a velas desplegadas lo surcan. ¿No es una obra gigantesca? Pues bien, este es el tunnel, palabra inglesa que significa galería; ¡ved aquí lo que es el camino por debajo del Támesis que la Europa entera envidia a la Gran Bretaña!

El ingeniero encargado de la obra, es un francés llamado Brunel, y vamos a hablaros de como concibió una idea tan grandiosa, como paso en ejecución el plan a través de dificultades inauditas y siempre nuevas, como en fin, halló los millones necesarios para costear la empresa. Todo lo cual será la historia del tunnel.

En las grandes poblaciones comerciales, lo mas precioso es el tiempo, hallándose el dinero en segunda línea. Ahora bien, siendo el Támesis, que atraviesa a Londres, como ya hemos dicho un río ancho y profundo, tiene muy pocos puentes, de donde resultaba que para comunicarse de una a otra orilla y de un punto populoso a otro punto populoso, muchas veces había que dar un rodeo de media legua. Este grave inconveniente, que embaraza el movimiento comercial, era perjudicial sobre todo a los hombres de negocios, de suerte que hacía mucho tiempo se pensaba en el modo de remediarlo.

Se quiso al principio ensayar bacs ó grandes barks chatos, que movidos por la corriente, y deslizándose al lado de un cable ó cuerda gruesa, echada de una orilla a otra, hubieran transportado los habitantes de un punto a otro; pero los barks no eran suficientes a la masa circulante, y como habrían embarazado el río, siempre enchido de buques de todos tamaños, fué preciso renunciar a este proyecto. Luego que se inventaron los puentes colgantes de hierro, se pensó en aprovecharlos para el Támesis; pero tenían otros inconvenientes insuperables, siendo pre-

ciso renunciar á este plan, ni mas ni menos que á el de los barcos.

Entretanto, aumentábase la poblacion de dia



Entrada exterior del tunnel.

en dia, se sentia mas y mas la necesidad de establecer prontas comunicaciones entre los cuarteles de la banda de acá y la banda de allá del rio; y nadie acertaba con el medio aunque habia mas de un opulento comerciante que hubiera

Al fin salió de repente el hombre de genio, que debía resolverle á las mil maravillas.

Un dia, era en 1825, un francés llamado Mr. Brunel, se presenta en medio de una junta de capitalistas de Lóndres, y con sus planos en el bolsillo ofrece abrir una galería por debajo del Támesis, la cual llenaría el mismo objeto que un puente colocado sobre el rio, costaria menos, y no tendria ninguno de sus inconvenientes. Al oír aquella proposicion sin ejemplo, muchos dijeron que era una locura, y como tal imposible de realizar; pero la confianza del inventor, su fe en el plan, su conviccion acerca del buen éxito, eran profundas, y como el pueblo inglés está acostumbrado á las grandes empresas, habiendo establecido antes que ninguna otra nacion las caminos de hierro, y construido barcos de vapor, la oferta de Brunel fué admitida, y se le entregaron tres millones.

Envenecido con tal confianza, el hábil ingeniero no perdió un minuto, comenzando sus trabajos desde 1.º de abril. A la cabeza de buenos trabajadores abondó desde luego á cien metros por delante del rio un pozo de desagüe de ochenta y un pies de profundidad, cuya parte baja debía recibir el agua que filtraba á través de las tierras. Hecho esto, se dió principio á la escavacion horizontal, es decir, el tunnel, á sesenta y tres pies por debajo del nivel, cuya escavacion se hacia por medio de una gran máquina llamada broquel, ingenioso mecanismo que consiste en doce grandes divisiones que se pueden mover por separado.

Seria inútil seguir á Brunel paso á paso en su obra: diremos solamente que al cabo de diez y seis meses de trabajo (en setiembre de 1826) ya el tunnel tenia doscientos pies de largo, sin que se hubiese encontrado ningun serio obstáculo; pero en aquella época empezaron las grandes dificultades.

Las capas de tierra en que penetraba el broquel, se hacian cada vez mas blandas y

ques de alto bordo, que en febrero, marzo y abril anclaron sobre el punto de la bóveda que ocupaban los trabajadores, dió al rio tal impulso que el terreno no pudo resistir, y el tunnel se anegó completamente.

¡Qué momento tan espantoso para Brunel! sin embargo, no perdió el valor, y como el agujero por donde se había introducido el agua, se ensanchaba de dia en dia, el ingeniero tuvo la feliz idea de cubrir la parte del rio, cuya bóveda se hundió, con lienzos embreados: arrojóse sobre ellos sacos de arcilla desleida y cascajo, haces de leña y ramos de avellano cuya especie de enrejado sostenido por el broquel contuvo en parte el pase del agua. Luego aprovechándose de la menguante del rio, el ingeniero francés, no sin peligro de su vida, fué á examinar la escavacion, y empleando con inaudita perseverancia y admirable conviccion centenares de bombas, máquinas de vapor y miles de cubas, consiguió limpiar las galerías, primero de las aguas luego de la tierra y prosiguió por último la obra.

Pero en todo esto y reparar los trabajos, que duraron mas de un año, costando sumas enormes, consumiéronse los recursos de la compañía del tunnel, y como ya entonces ayudaba la esperiencia, los trabajos no ofrecieron dificultad, y caminaron á pasos de gigante hasta su conclusion. ¡Oh! debió ser un dia muy dichoso para el ingeniero francés aquel en que puso el pie en la otra banda del rio, pasando por su bóveda subterránea. La alegría de sus consocios no fué menos, así es que como en 1825, al poner la primera piedra, habian tenido un banquete y los miembros de la sociedad, reservando algunas botellas de Jerez ó Champaña, jurasen no destaparlas hasta que hubieran pasado la bóveda, las apuraron á su salida, brindando por la reina de Inglaterra y su hijo recién nacido.

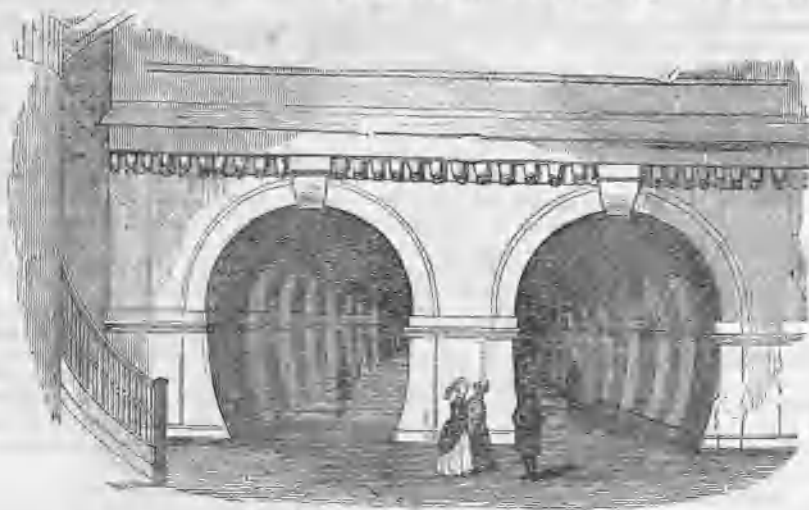
El camino por debajo del Támesis presenta ahora un aspecto admirable. Es una vasta y magestuosa galería, ó mas bien dos galerías paralelas separadas por hermosos arcos de macizos pilares. A cada lado de las galerías hay magníficas aceras para la gente de á pie, mientras que el centro lo forma una calzada plana é igual, por



Gran escalera de bajada al tunnel.

dado muchos miles de libras esterlinas (la libra esterlina vale unos noventa reales) al inventor de una simple idea, buena ó mala, que les mostrara en perspectiva la solucion del problema.

ya entonces se hallaban precisamente debajo del centro del rio ó en la parte mas peligrosa, todo hacia esperar que saldrían victoriosos: desgraciadamente un movimiento inusitado de bu-



Vista de las bóvedas del tunnel.

húmedas, siendo en una palabra, muy poco á propósito para soportar el peso del agua situada por encima de la escavacion. Brunel lo habia previsto, y se preparó á luchar contra las irrupciones del Támesis, esperando con calma la hora del peligro. A mediados de mes, un arroyo negro y cenagoso pasó á través del broquel, y amenazó inundar la galería; pero gracias á las precauciones sabiamente tomadas y al celo de los trabajadores, se logró contenerle. En octubre hubo otra irrupcion, mas el ingeniero triunfó de nuevo, adelantando con valor en su obra.

A principios de enero de 1827 tenia el tunnel quinientos cuarenta pies, y aunque

la cual circulan en todas direcciones nobles loras é ilustres damas en sus gallardos carruages, elegantes donceles montados en soberbios caballos, hombres del pueblo, gentes de librea; en una palabra un cuadro movable, que visto á la luz resplandeciente del gas, presenta una escena arrebatadora.

Un peage, ó derecho de pasage bastante crecido, que se exige á todo el que atraviesa el tunnel, enriquecerá bien pronto á sus osados emprendedores. En cuanto á Mr. Brunel, ademas de la gloria de haber inmortalizado su nombre, el gobierno inglés le ha concedido el título de baronet (entre hijo-dalgo y Baron) con una pensión considerable.